

Historia

Personalidad y autobiografía

J.M.R. Tejerina

Acabo de leer un libro olvidado; la *Autobiografía* de Miguel Villalonga. Primera edición. Barcelona, diciembre de 1947. En la portada una viñeta; el brocal de un pozo de cuya boca emerge un pequeño árbol que sobrevuela un pájaro. Una leyenda; *Manantial que no cesa. José Janés. Director*. Y una dedicatoria escrita oblicuamente, cuidadosamente, a mano, con tinta negra: «Para Don Juan Manera que ante la imposibilidad de que la dedique su autor, lo hace su heredero. Palma 14-5-48. Higinio Blanco».

Esta grata lectura coincidió con la de otras dos autobiografías, recientemente publicadas; *Y tierno Galván ascendió a los cielos*, de Francisco Umbral; *El peso de la paja*, de Terenci Moix.

Los relatos autobiográficos son un género literario poco cultivado en España. Aunque lo practicarán, de forma imperecedera, entre otros, Cajal y Cela. El primero con su libro, *Mi infancia y juventud*. Cela, con *La rosa*.

Experimentamos, la mayoría de los hispanos, todavía, cierto pudor de revelar nuestros secretos más íntimos. Nos resistimos a describir la urdimbre de nuestra personalidad.

Sin embargo, en algunos momentos de la vida, sentimos el prurito de contar nuestros recuerdos, sobre todo los de la niñez, por remotos, embellecidos. Pero lo más frecuente es que, ante tamañas tentaciones, nuestra actitud sea la muy sensata del silencio.

Sin llegar a redactar sus *Memorias*, todo escritor que publica con asiduidad deja re-

tazos de su existencia reflejados en su prosa. Acaba por confesarse, tácticamente. Falto de imaginación, tiempo o noticias sugerentes, tiene que bucear en su interioridad y transcribir sus experiencias personales. Relata, sin pretenderlo, algo así como su *Diario*.

Muchos adolescentes escriben su «secretísimo diario íntimo». Pensando que, un día, va a ser leído. Y poetizan, justifican al menos, sus actos. No se entregan, desnudos, a sus futuros lectores. El *Diario* de cualquier jovencito (o jovencita), revela, únicamente, lo que desearían ser. O parecer. A la manera de un *test desiderativo*. Los autores de *Memorias*, como pacientes ante el médico, silencian, de continuo, aquello que más les preocupa.

Francisco Umbral, en su obra, presuntamente autobiográfica, barroca y cínica, nos habla del buen masón Enrique Tierno Galván. Con quien bebía, dice, cada noche, hasta la madrugada, «anís machaquito». Deambulando de tasca en tasca por el viejo Madrid.

Umbral se describe a sí mismo como hombre capaz de las más desinhibidas proezas sexuales. Los personajes y personajillos de su entorno viven una orgía sin fin; whisky, «has», cocaína, «caballo». Sexo. El tiempo de la transición, desde la muerte de Franco hasta el entierro de Tierno, es descrito esperpénticamente. Los autores contemporáneos son juzgados con desprecio. Arrabal es un antiguo empleado de la Tabacalera. Ramón J. Sender toca el culo a las azafatas de TVE. El estilo de Pío Baroja es «andrajoso». Alejandro Casona es un pobre maestrillo asturiano. Sólo se libran de tan crueles diatribas dos académicos; Cela y Delibes.

Otro talante, bien distinto, tiene el texto de Terenci Moix, quien se nos presenta como un homosexual impotente. Un eterno niño gordinflón, «el gordo de las patatas», enamorado, desesperadamente, de los mitos del Cine. Desengañado de su padre, un putañero; de su madre, una adúltera. Llega a decir que, «los amores mueren, los afectos traicionan, la propia obra envejece. Sólo el cine se queda y manda».

El cine de los sábados.

A los 5 años vio la película *César y Cleopatra*, y se enamoró, platónicamente, del Nilo y del desierto.

Volvemos a releer, despaciosa, placenteramente, la *Autobiografía* de Miguel Villalonga. El autor de *Miss Giacomini*, el triunfador capitán de Infantería vencido por la artrosis deformante. Una isla dentro de otra isla. Que esperaba la muerte, paralizado, inmerso en la suave languidez de la morfina. Allá en su «agujero» de Buñola, cuidado por su fiel asistente Higinio Blanco. *Quotidie morior*. Sin dejar de escribir cartas a sus amigos, de dictar artí-

culos periodísticos.

Eran otros tiempos. Los angustiosos años 40. Miguel apenas desviste su intimidad al modo «roussonian», en boga en nuestros días. Sólo salpica su relato, tenuemente, como aconseja Cicerón, con leves mentiras. Describe más su época que su persona. A través de unos parientes que adivinamos entrañables. Su padre, el general de Artillería indolente, desilusionado. Su madre, bellísima, apacible. Su desconcertante hermano Lorenzo, el médico y escritor. Sus viejas tías; devotas, cicateras. Muy acordes con el ambiente social, tan pacato, de la posguerra en Mallorca...